

Arte y posmemoria. El arte como preservación de la memoria tras el conflicto (Editorial Brumaria)

El arte, o la creación cultural en general, entrañan un compromiso social y político. *Si tenemos la posibilidad de hacer algo por los/as demás, de crear con nuestro trabajo un altavoz desde el que se puedan oír voces habitualmente silenciadas o tergiversadas, debemos hacerlo, porque esa labor nuestra, en tanto que política, "consiste en hacer visible aquello que no lo era, en escuchar como a seres dotados de la palabra a aquellos que no eran considerados más que como animales ruidosos"* (Jacques Rancière, *Sobre políticas estéticas*, 2005).

Desde tal compromiso es desde donde comencé mi investigación hace ahora casi cuatro años, aunque ya había trabajado y publicado sobre temas que ponen en relación el arte, la política y sociedad. Me preocupa y me interesa un arte que esté en relación directa con su contexto, con aquello que ocurre y que preocupa a las personas; un arte que sea capaz no solo de representar estos asuntos sino de aportar algo para solucionarlos, o al menos darles visibilidad para que todo el mundo se entere. Para esto el poder de las imágenes es casi infinito.

En los casos de guerras civiles y conflictos internos este compromiso exige urgencia. Son cientos de miles los y las desaparecidos o asesinados, y otras tantas familias las que esperan -si no ya la vuelta de sus seres queridos- sí al menos una reparación y un lugar donde poder recordarlos.

El paso del tiempo ha hecho que este trauma pase de generación en generación y sean hijos/as y nietos/as los que se encarguen de la exigencia de esa reparación. Es como una memoria mediada o vicaria, una posmemoria como la definió Marianne Hirsch en *La generación de la Posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto* (2015). Se refiere a las memorias heredadas por los/as descendientes de quienes sufrieron el Holocausto, llamados también generación bisagra. Es un concepto que se puede expandir a los/as represaliados/as en otros lugares, por otras dictaduras y conflictos armados en cualquier lugar del mundo.

En muchos casos esa segunda e incluso tercera generación no vivió directamente el conflicto, pero lo sufre de manera indirecta por medio de recuerdos y discriminaciones por ser hijos o nietos "de", por formar parte de familias truncadas, por vivir en un presente que fue un futuro posible.

Hay otro tipo de silencio ruidoso que forma parte de un trauma familiar silenciado, silenciado por vergüenza y del que solo sabemos en muchos casos por rumores e intuiciones o por el testimonio de los/as supervivientes, es el de las personas de la comunidad LGBT, de manera especial hombres homosexuales y mujeres trans, condenadas, también después del fin de la Dictadura, al silencio y la exclusión. En este caso la recuperación de esa memoria tiene un aspecto particular, y es que en su gran mayoría no tienen familias que exijan su dignidad, ya que en muchos casos las familias los repudiaron e incluso algunas los/as denunciaron.

Juan-Ramón Barbancho
Universidad de Sevilla
Sevilla, España
jrbarbancho@gmail.com

Así, desde el arte se crea un tipo de vínculo familiar desplazado hacia otros espacios y habilita actos de transmisión, búsqueda y reparación de aquellos y aquellas que de otra forma no lo tendrían. Por otra parte, la investigación sobre lo sucedido refuerza los vínculos comunitarios y reconoce el valor de quienes nos antecedieron en la lucha por la igualdad y la libertad. Es un ejercicio de agradecimiento también.

Este concepto con el que trabajo podría ser más bien como una estrategia o metodología que nos permite analizar e interpretar de qué manera nos podemos relacionar con las representaciones culturales de la guerra y la dictadura, y con algunos de los condicionantes que esta relación presenta.

Walter Benjamin explica que es necesario “pasar el cepillo a contrapelo” por la Historia con mayúsculas, por ese relato construido, contado y transmitido sobre las tumbas de todos los que deja atrás, amparando y provocando la impunidad de los perpetradores a través del silencio y el blanqueamiento. Así es muy interesante considerar su idea de la Historia como un “tiempo abierto”, para recuperar la memoria de los “vencidos”, como un “tiempo-ahora”.

Desde la práctica artística, este concepto de “posmemoria” produce obras con historias y objetos que no solo arrojan nueva luz a los hechos criminales, sino que contribuye al no olvido de las víctimas y, además, tiene la capacidad de crear espacios donde las familias puedan recordarlos, elaborando así una especie de lugar si no de duelo sí de consuelo. Doris Salcedo decía que “el arte no redime pero nos hace más humanos”.

Con este *corpus* teórico creé la base que me ha permitido analizar el trabajo de ciento veintidós artistas o colectivos, obras realizadas sobre el Holocausto y las que se han hecho en Chile, Argentina, Perú, Colombia, Paraguay, Guatemala, Brasil, España, Ruanda y Japón. Trabajos que se crean desde esa necesidad de construir obras que impidan que la memoria desaparezca, a la vez que ofrecen dignidad a los y las asesinados y consuelo a sus familias.

En definitiva, un arte como constructo social/político, que nunca es un espejo que refleja sino una puerta o ventana que nos permite mirar más allá. Los espejos fácilmente se convierten en divertimentos de barraca de feria que deforman la realidad.



Imagen: Juan Morocho